

Dios, su dependencia de cada momento para con El. Se apoya en la **verdad sobre el mundo**: la sociedad, procedente de Dios; la Iglesia, instituida por Cristo; ambas, obligadas a reconocer la realeza de Cristo sobre toda realidad creada.

El demonio siembra la mentira. De esta mentira brota la cizaña de los impíos. De la **mentira sobre Dios**, a quien se niega, o a quien se confunde con las creaturas, o a quien se falsifica con divinidades inventadas, múltiples, viciosas, o a quien se niega el derecho de reinar sobre sus creaturas. De la **mentira sobre el hombre**, cuya independencia de Dios se proclama, cuyos derechos se erigen en ley suprema. De la **mentira sobre todo el mundo real**. Es increíble hasta qué punto el mundo moderno vive de la mentira. Mentira es el ecumenismo actual, que pretende que todas las religiones y todos los dioses valen; mentira es la ideología de los derechos del hombre; mentira es la democracia, la libertad de prensa y de conciencia; mentira es el evolucionismo que se enseña en las escuelas y universidades; mentira es la prensa, la radio, la televisión, el cine; mentira es el modo de pensar del mundo moderno, que toma como única realidad la de aquí abajo, negando u olvidando la de la eternidad. Para divulgar estas mentiras, el demonio se vale de todo: de personas, instituciones, corrientes de pensamiento, dinero, poder, fama, medios técnicos...

Conclusión.

De todo esto se sigue que debemos «*ser siempre sobrios y vigilar, porque el demonio anda alrededor nuestro, como león rugiente, buscando a quien devorar*». ¿Cómo resistirle? «*Permaneciendo firmes en la fe*» (1 Ped. 5 9), esto es, en la verdad, en la gracia sembrada por nuestro Salvador.

- Debemos **atenernos a la enseñanza de la Iglesia**, que no puede cambiar, y rechazar con energía todos los embustes de la civilización moderna.
- Debemos **cuidar nuestras relaciones con Dios**, recibiendo frecuentemente los sacramentos, cuidando y protegiendo la vida de la gracia, difundiéndola alrededor nuestro, a nuestros hijos, a nuestras amistades.
- Sobre todo debemos **someternos a Dios** por el cumplimiento perfecto de su santísima voluntad.

Tengamos en cuenta que cada una de nuestras almas es un campo en que, al lado de la gracia divina, hay también semillas de pecado, que debemos combatir: nuestras ignorancias, nuestros defectos y vicios. Quien por ellos se deja dominar, cizaña es, y ya sabe qué le espera. Quien contra ellos lucha apoyándose en la fe y en la gracia, trigo es, y sabe también qué será de su vida.

Pidámosle a la Santísima Virgen, a esa Rut divina, a esa Espigadora de Dios, que Ella misma pase por nuestros campos; que Ella misma saque de nosotros toda hierba mala, y recoja y nos conserve el buen trigo.

Hojitas de Fe

La fe viene por el oído

5

2. Santos Evangelios

La acción del demonio en la historia

En la parábola de la cizaña Nuestro Señor nos da una visión de la historia y de la Iglesia como sólo El puede darla. Y El mismo se dignó explicarla a sus apóstoles. Nos dice que el reino de los cielos, la Iglesia, se asemeja a un hombre que sembró buena semilla en su campo; y mientras dormían sus hombres, vino el enemigo y sembró cizaña encima del trigo. Claro, cuando todo empezó a crecer, no fue posible distinguir la cizaña del trigo, sino sólo cuando la hierba produjo fruto. El dueño del campo, interrogado por sus obreros si debían arrancar la cizaña, les contestó que no, que la dejaran crecer hasta la siega; y entonces se procedería a separar la cizaña del trigo, la primera para quemarla, el segundo para acumularlo en los graneros.

El sembrador es Cristo, el campo en que siembra es el mundo, la semilla es la doctrina revelada, el trigo son los hijos del reino. Pero el demonio, que es el hombre enemigo, siembra encima la mentira, haciendo brotar la cizaña, que son los hijos del malvado. Cristo deja crecer a ambos mezclados, pero el día de la siega, que es el día del Juicio Final, mandará a sus ángeles a separar a los malos de los buenos, los primeros para echarlos al fuego del infierno, los segundos para congregarlos en el granero del cielo.

En pocas palabras, esta parábola nos descubre uno de los misterios que más nos afligen: la permisión divina a la acción del demonio. En efecto, el Salvador nos manifiesta aquí tres puntos importantes:

- La paciencia divina que permite que el demonio actúe en el mundo al lado de la gracia.
- La actividad siempre alerta del mismo demonio para contrarrestar y destruir la acción de la gracia.
- Las tácticas del demonio para realizar esta actividad destructora, sobre todo su habilidad especial en aprovechar la oscuridad para disimularse.

1º Paciencia divina en permitir la acción del demonio junto a la de la gracia.

Nos describe el libro de Job cómo en una ocasión, al presentarse los ángeles ante Dios, se presentó también el demonio entre ellos. El Señor le preguntó si

había reparado en su siervo Job, varón temeroso de Dios como ninguno; y el demonio le contestó diciendo que eso no tenía ningún mérito, ya que Dios lo había colmado de bienes; pero que si le diese la oportunidad de atribularlo, vería cómo Job se rebelaría contra El. El Señor le permitió entonces tentarlo, lo cual hizo de múltiples modos: devastando toda su hacienda, arrebatándole todos sus bienes, matándole a todos sus hijos, y cubriéndolo a él mismo de una terrible úlcera de pies a cabeza. Según San Gregorio, Job así probado es figura de la Iglesia, especialmente de la Iglesia al final de los tiempos.

Igualmente, San Pablo ve cómo al lado del misterio de la gracia, al que da el nombre de *Misterio de Cristo*, se desarrolla un misterio paralelo de maldad y de pecado, al que da el nombre de *Misterio de iniquidad*, y resume la historia del mundo a la lucha entre estas dos fuerzas. Y si bien es cierto que triunfará el *Misterio de Cristo*, no deja de ser pavoroso lo que nos dice del *Misterio de Iniquidad*: que irá tomando fuerza al correr de los tiempos, de modo que parecerá prevalecer hacia el final. Sólo entonces se lo podrá reconocer claramente, al igual que la cizaña de la parábola, pues sólo entonces habrá cristalizado en frutos concretos, entre los cuales figura la gran apostasía de una sociedad en otro tiempo ganada para Cristo.

Todo esto corresponde con lo que nos dice aquí Nuestro Señor: la tierra sembrada de buen trigo es el florecimiento del *Misterio de Cristo*; la tierra sobresembrada de cizaña es el *Misterio de Iniquidad*. Ambos crecen juntos, esperando la cosecha, el desenlace final.

2º La actividad siempre alerta del demonio por contrarrestar y destruir la acción de Dios.

Pues bien, en este *Misterio de Iniquidad*, el mismo San Pablo nos invita a ver la acción oculta, pero real y decisiva, del demonio. Mucho nos engañaríamos si juzgásemos la historia sólo por los acontecimientos humanos que la componen, por las causas externas que aparecen por fuera, y no tuviésemos en cuenta que todo eso responde a la acción invisible tanto de la gracia como del demonio. Detrás de todas las adversidades que sufre la Iglesia se encuentra, de un modo u otro, de manera más o menos indirecta, la acción principal de las potestades de las tinieblas; y así San Pablo nos advierte que «*nuestra lucha no es contra carne ni contra sangre, sino contra los espíritus infernales esparcidos por todas partes*» (Ef. 6 12).

Bossuet, en su «Discurso sobre la Historia Universal», explica atinadamente cómo, apenas el Cristianismo empezó a difundirse entre los pueblos gentiles, el demonio le presentó batalla bajo forma de persecución. Viendo que la persecución no lograba suprimir a los cristianos, sino que aumentaba su número, acudió luego a la discusión doctrinal de filósofos paganos contra apologistas católicos. Como tampoco eso bastó, intentó relativizar las diferencias de religión afirmando, por boca de Porfirio, que en realidad los diferentes dioses eran nombres distintos con que llamamos a una

misma divinidad, y que Jesús y Júpiter eran lo mismo. Como los cristianos no cayeron en la trampa, el demonio probó una última intentona: la herejía. En lugar de atacar a la Iglesia desde fuera, empezó a atacarla desde dentro. Es la cizaña sembrada sobre el trigo. Y como se dio cuenta de que esa era la mejor táctica, la conservó ya para el resto de la lucha. De modo que todas las herejías que se han levantado contra la Iglesia, más allá de sus causas humanas, han sido orquestadas por el diablo.

3º Las tácticas del demonio, especialmente su habilidad para camuflarse.

La parábola de la cizaña nos revela interesantísimas tácticas del demonio para proceder a sus intentos. Veamos algunas de ellas.

1º La primera es *el cuidado que el demonio tiene para que su acción pase totalmente desapercibida*. Ataca de noche, cuando nadie lo ve. Pensar que los ataques del demonio toman frecuentemente una forma exterior visible sería desconocer las tácticas diabólicas. El demonio es esencialmente una potestad de las tinieblas. Trabaja en la oscuridad para sorprender y engañar. El éxito de su acción en la Iglesia depende de su habilidad en disimular lo que es y lo que hace. De modo que sólo se muestra exteriormente cuando está obligado a ello para contrarrestar e imitar los carismas divinos o las gracias extraordinarias que quiere desacreditar, y cuando se ve vencido o impotente (entonces su rabia puede más que su prudencia). Dos cosas en particular le facilitan este «*perfil bajo*»:

- *Ante todo, la negligencia de los obreros evangélicos.* «*La fuerza del enemigo, decía San Pío X, es la debilidad de los católicos*». Esto fue siempre así. Cuando los pastores duermen, cuando el cristiano descuida su fe, su práctica religiosa, entonces el demonio aprovecha la situación para sembrar todos los gérmenes de muerte espiritual que puede: unos doctrinales, que son los errores, y otros morales, que son los vicios. Y con eso sabe que tiene la partida ganada.

- *Y luego, la misma permisión divina:* «*Esta es vuestra hora, y la del poder de las tinieblas*» (Lc. 22 53). Dios deja obrar al demonio para espolpear a los católicos, para hacer más meritoria su fidelidad, para que los sufrimientos que él provoca sean medios de redención de almas y de pecadores.

2º La segunda es *su gran arma: la mentira*. La disimulación y la mentira son medios de los que no podría prescindir, y constituyen toda su táctica de combate. Ya Nuestro Señor lo llamaba «*padre de la mentira*». Pero la mentira más eficaz es la que es casi verdad. La cizaña es una planta muy parecida al trigo cuando el tallo y la espiga son todavía muy tiernos. El demonio sembrará continuamente el camino de la Iglesia con medias verdades, que son mentiras enteras. Las herejías son un ejemplo de ello: se afirman algunas verdades, pero se niegan algunos puntos doctrinales decisivos para que la verdad siga siendo verdad.

El Salvador sembró la verdad. De esta verdad sembrada brota el trigo, las almas santas; pues toda vida de la gracia se basa en la verdad revelada. Se apoya en la verdad sobre Dios, su Majestad, sus perfecciones infinitas, sus derechos. Se apoya en la verdad sobre el hombre, su condición de creatura, sus obligaciones para con